

Mujeres en la pobreza: Un problema global

Mayra Buvinic

Washington, D.C.
Julio de 1998—N° WID-101

Mayra Buvinic es Jefa de la División de Desarrollo Social del Departamento de Desarrollo Sostenible.

Este artículo fue publicado en la edición venezolana de *Foreign Policy* en enero de 1998 y se reproduce aquí con el permiso de esa publicación. Este artículo en inglés apareció en *Foreign Policy* en el otoño de 1997 y contiene algunas diferencias con respecto a la presente versión en español.

Mujeres en la pobreza

Para entender el calvario de las mujeres pobres en el mundo, basta echar un vistazo a las historias de Ade, Runa y Reina. En las afueras de Ibanan, Nigeria, Ade cultiva una pequeña superficie de tierra, con algunas plantas sembradas aquí y allá. Ade camina con un bebé a su espalda y otros niños visiblemente desnutridos a su alrededor. Sus esfuerzos por cultivar una variedad enriquecida de soya, que podría haber mejorado la dieta de sus hijos, fracasaron porque no tuvo el tiempo necesario para atender la nueva cosecha, no tenía un cónyuge que la ayudara y no podía pagar mano de obra adicional. Runa, una joven de mirada penetrante, cálida sonrisa y una energía ilimitada, fundó y actualmente administra la Asociación de Trabajadoras Independientes en la ciudad de Lucknow, ubicada en una de las regiones menos privilegiadas de la India. Hasta hace un año, no había podido obtener crédito de los bancos locales para financiar su empresa, un negocio impresionantemente bien organizado que en la actualidad es fuente de empleo para unas 5.000 mujeres que trabajan desde su casa vendiendo sus bordados en los mercados nacionales e internacionales. Reina, por su parte, es una ex guerrillera de El Salvador que está aprendiendo a hornear pan, gracias a un programa de reconstrucción nacional emprendido tras la finalización de la guerra civil. Sin embargo, tal como ella misma lo explica, “lo único que tengo es este adiestramiento y no quiero ser sólo una panadera. Tengo otros sueños en mi vida”.

Una campesina, una empresaria y una ex guerrillera: las experiencias de estas tres mujeres tienen poco en común, salvo que

ellas, al igual que la mayoría de las mujeres de todo el mundo, enfrentan problemas similares cuando desean incrementar su poder económico. La ausencia de tiempo “libre” para invertir en un trabajo adicional que les genere ingresos; la falta de acceso a créditos comerciales y el adiestramiento en destrezas tradicionalmente femeninas, que en su mayoría conducen a empleos mal remunerados, son algunos de los principales obstáculos. Estas limitaciones marcan una diferencia entre las experiencias laborales de hombres y mujeres, exacerban la pobreza de éstas y mantienen un círculo vicioso de pobreza que pasa de una generación a otra.

También ayudan a explicar una perturbadora tendencia que se está observando en todo el mundo: la “feminización” de la pobreza. La evidencia no es perfecta, pero las tendencias actuales sugieren que las mujeres representan un porcentaje cada vez mayor de aquellas personas consideradas pobres si se toma como base el ingreso, no sólo en países industrializados como Estados Unidos, sino especialmente en el mundo en desarrollo.

MUJERES POBRES, MUNDO POBRE

Esta feminización de la pobreza debería considerarse como una legítima preocupación en el campo de la política mundial. Tomando en cuenta el creciente número de mujeres que desempeñan un papel económico y son jefes de familia además de madres, es claro que la pobreza femenina frena el crecimiento económico mundial. Además, en los países

pobres, su desventaja genera una perjudicial espiral de empobrecimiento, degradación ambiental y crecimiento de la población. En un mundo que avanza hacia la globalización, la pobreza de las mujeres crea enclaves de necesitados en medio de la riqueza y provoca crecientes presiones sobre el mundo desarrollado, bien sea al generar costosas

crisis humanitarias o desencadenar—por primera vez en la historia—oleadas de mujeres que emigran sin sus cónyuges para buscar trabajo en países más ricos.

Población rural por debajo de la línea de pobreza, desglosada por sexo¹			
	1965-70	1988	Variación (%)
Mujeres	383.673.000	564.000.000	47,0
Hombres	288.832.000	375.481.000	30,0
Total	672.505.000	939.481.000	39,7

¹ Calculado sobre la base de 41 países con datos correspondientes a 84% de la población rural de 114 países en desarrollo.

Fuente: I. Jaziry, M. Alamgir y T. Panuccio, *The State of World Rural Poverty: An Inquiry into Its Causes and Consequences* (Nueva York, University Press, 1992).

Los países industrializados podrían percibir grandes beneficios si tratan de reducir el empobrecimiento de las mujeres que viven en el mundo en desarrollo. No se puede disminuir en forma sustancial la pobreza mundial a menos que la comunidad internacional se trace como meta mejorar el bienestar femenino y amplíe las oportunidades económicas de las mujeres. En esta época en la que los presupuestos de la ayuda internacional a los países pobres son cada vez menores, invertir en las mujeres ofrece a los responsables de las políticas nacionales mayores rendimientos económicos y sociales al menor de los costos.

La pobreza tiene múltiples dimensiones y es difícil evaluarla. Calculada en dólares, consiste en una insuficiencia de dinero. Sin embargo, medida en términos de condiciones humanas, es una insuficiencia de salud, nutrición, educación y otros elementos que componen el bienestar, entre los cuales se encuentra el tiempo “libre”.

Existe amplia evidencia de que las mujeres de los países en desarrollo soportan el mayor impacto de este tipo de pobreza. En 1996, las

Naciones Unidas adoptaron un nuevo indicador que refleja el porcentaje de personas que carecen de tres posibilidades básicas: la de estar bien alimentadas y sanas (medida por la proporción de niños menores de cinco años con un peso inferior al normal); la de reproducirse en forma sana (calculada por la proporción de nacimientos no atendidos por personal adiestrado en ciencias médicas); y la de educarse (representada por el nivel de alfabetismo). Este indicador evalúa principalmente las carencias de las mujeres, puesto que dos de los tres elementos ponderados analizan desventajas específicas del sexo femenino. Los cálculos demuestran que 37% de la población de los países en desarrollo (es decir, 1.6 mil millones de personas) carece de estos tres elementos básicos del bienestar, mientras que 21% de ellos (es decir, 900 millones de personas) son “pobres por falta de ingresos”, puesto que sus ingresos son inferiores a la línea de pobreza definida por el Banco Mundial. En su mayoría, los 700 millones de pobres restantes son mujeres.

Las estadísticas que demuestran que las mujeres se encuentran a la zaga de los

hombres en términos de bienestar, sustentan la idea de que ellas cargan más que su justa cuota de pobreza medida en estos términos.

Los datos estadísticos sobre alfabetización mundial muestran que en 1990 por cada 100 hombres sólo 74 mujeres sabían leer y escribir. Las estadísticas sobre la asistencia a las escuelas revelan una tendencia similar. En todo el mundo, 77 millones de niñas entre seis y once años no asisten a la escuela primaria, cifra muy superior a los 52 millones de niños en iguales condiciones. Esta brecha se torna aún más grande cuando se consideran las tasas de deserción escolar y los niveles de ausentismo y repetición, las cuales en todas partes son mayores entre las niñas.

En contraposición a la ventaja biológica que les permite a las mujeres sobrevivir a los hombres independientemente de su edad, el número de hombres supera al de las mujeres en algunas regiones del mundo. Esto es particularmente cierto en el sur de Asia, donde viven la mitad de los pobres del mundo. Utilizando las estadísticas vitales sobre la proporción real de mujeres y hombres en una sociedad y comparándola con las cifras de la proporción estimada si no hubiera una desventaja femenina en la supervivencia, Amartya Sen, economista y filósofo de la Universidad de Harvard, calcula que hay más de 100 millones de mujeres “desaparecidas” en todo el mundo debido al descuido comparativo en la salud y la nutrición femenina, el cual se observa en forma particular, aunque no exclusiva, durante la niñez.

El tiempo es quizás el único recurso que los pobres tienen a su disposición. Sin embargo, un estudio tras otro demuestra que en las familias pobres los hombres tienen más tiempo libre que las mujeres. A fin de cuidar a sus familias, las campesinas de Honduras se levantan antes del amanecer para moler el

maíz de las tortillas, en Nigeria para procesar la yuca y en Nepal para salir a buscar agua y leña. En pocas palabras, las mujeres de las familias pobres trabajan más horas que los hombres y mientras más pobre sea la familia, más tiempo trabajan.

Aunque las estadísticas sobre la salud reproductiva femenina dicen poco sobre las diferencias de sexo entre los estratos más bajos de la población, ayudan a revelar la posición desventajosa en que se encuentran las mujeres de los países pobres, donde las elevadas tasas de fertilidad y mortalidad materna son la norma. Aproximadamente medio millón de mujeres mueren cada año por complicaciones relacionadas con el embarazo y el parto. En algunas naciones del Africa subsahariana, aproximadamente una mujer de cada 50 muere durante el parto, lo que marca un agudo contraste con Escandinavia, donde la tasa es de una por cada 20.000. Considerando la tasa total de fertilidad de siete o más hijos por mujer, las probabilidades de que una mujer sobreviva a sus años reproductivos se reducen a 1:6. Para estas mujeres tener hijos es como jugar a la ruleta rusa.

Una buena noticia es que hace dos décadas, la proporción de mujeres que carecían de los elementos básicos del bienestar era considerablemente más elevada. Entre 1970 y 1990, la expectativa de vida que tenía al nacer una mujer del mundo en desarrollo se ha incrementado en promedio entre cinco y nueve años. Además, ahora cuenta con un mayor nivel de educación que en 1970, particularmente en los países más pobres,

Feminización de la fuerza de trabajo agrícola (1980-94)				
Región	1980		1994	
	Millones	Porcentaje	Millones	Porcentaje
Africa	31,5	43,7	43,6	44,4
Asia	267,7	41,5	348,5	43,4
América Latina y el Caribe	3,8	13,3	4,4	18
Europa Oriental	6,9	51,3	5,4	46,9
OCDE	15,1	37,5	11,8	34,9
Países en desarrollo	309,9	41,6	402	43

Fuente: Rekha Mehra y Sarah Gammage, "Trends, Countertrends and Gaps in Women's Employment", ensayo no publicado, Centro Internacional de Investigaciones sobre la Mujer, Washington, D.C. (proveniente de WISTAT, fuente de datos de las Naciones Unidas, 1995).

donde la población de niñas en edad escolar casi se ha duplicado. También tiene un mayor acceso a los métodos anticonceptivos modernos. En consecuencia, las tasas globales de fertilidad han caído en 40%. Lamentablemente, las estadísticas internacionales sobre las mujeres no están desglosadas según los niveles de ingresos, y es probable que la calidad de vida de las mujeres en mejores condiciones económicas se haya incrementado más que la calidad de vida de sus congéneres más pobres. No obstante, hay pruebas de avances sustanciales en el bienestar, incluso en el caso de las mujeres de los países de menores recursos.

Sin embargo, hay una mala noticia: aunque las mujeres pobres han logrado incrementar su bienestar general, se han quedado a la zaga en términos de ingreso. De por sí, medir el ingreso o el consumo familiar es difícil, pero aún más complicado es dividir ese ingreso por sexo, es decir, separando el ingreso del hombre del percibido por la mujer. Una forma de ponderar las diferencias por sexo en los niveles de pobreza consiste en comparar en los países en desarrollo la situación de aquellos grupos familiares en los cuales las mujeres son cabeza de familia con los grupos donde el jefe de familia es un

hombre. Estudiar los núcleos encabezados por mujeres también tiene sentido porque en países industrializados como Estados Unidos, donde la información sobre individuos y familias es más confiable, la feminización de la pobreza ha estado estrechamente vinculada con el incremento del número de grupos familiares pobres con una mujer a la cabeza.

Utilizando la información sobre grupos familiares encabezados por mujeres, el Fondo Internacional para el Desarrollo Agrícola analizó la extensión de la pobreza rural en 41 naciones en desarrollo, que en conjunto representan 84% de la población rural de todo el mundo en desarrollo. Este estudio encontró que entre 1965-70 y 1988, el número de mujeres en comunidades rurales que vivían por debajo de la línea de la pobreza aumentó más que el número de hombres que vivían por debajo de esa línea. El aumento fue de 47% en las mujeres frente al 30% registrado en los hombres. Mientras que en el quinquenio 1965-70 las mujeres representaban 57% de los pobres que vivían en las zonas rurales, en 1988 constituían el 60%.

Los núcleos familiares encabezados por una mujer solían ser la excepción en las

sociedades en desarrollo, pero ya no lo son. En las últimas décadas, el porcentaje de familias mantenidas por mujeres ha aumentado. Mujeres de todas partes del mundo están soportando la carga económica de sus familias. Son las campesinas de la región sur de Bostwana y de Uttar Pradesh, India, que se quedan en sus tierras para cuidar sus cultivos y familias mientras sus cónyuges emigran y—a veces sí, a veces no—envían remesas. Son las esposas abandonadas y jóvenes viudas de Bangladesh y Egipto, las madres solteras de América Latina y el Africa subsahariana, y las refugiadas con hijos provenientes de cualquier lugar del planeta. De acuerdo con los datos recopilados por el Consejo de la Población, 18 de cada 26 censos y encuestas realizados en el mundo dan pruebas de un aumento en el número de grupos familiares encabezados por una mujer. Los cálculos realizados por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) hallan esta tendencia en 8 de 13 países de la región.

Otro fenómeno nuevo en algunos países es el de familias mantenidas por esposas. El número de familias mantenidas por mujeres en Buenos Aires aumentó de 19% en 1980 a 27% en 1992, lo que representa una de cada 3,7 familias. Este fenómeno prevalece en los grupos de ingresos medios, y sus entradas ayudaron a las familias durante períodos de bajo crecimiento económico. El caso de mujeres solas con hijos era más típico en los núcleos familiares de bajos ingresos. En aquellos casos en que las esposas aportaban el principal ingreso familiar y tenían hijos pequeños, la mitad de las familias eran pobres; la proporción de grupos familiares pobres se elevó a 60% entre los núcleos con mujeres solas como cabeza de familia (mientras que en todo Buenos Aires la cifra es de 40%).

La evidencia disponible sugiere que la proporción de pobres entre los grupos familiares con una jefa de familia es elevada,

particularmente cuando esta mujer tiene hijos pequeños. En América Latina las familias a cargo de mujeres solas son más numerosas en la categoría de menores ingresos (indigentes) en 9 de 13 países de la región. El Centro Internacional para la Investigación sobre la Mujer revisó 61 estudios realizados en países en desarrollo durante la última década y en 53 de ellos halló un mayor grado de pobreza en familias encabezadas por mujeres. Además, las deficiencias en cómo medimos la pobreza (incluyendo el hecho de que el ocio no se cuenta como un recurso familiar) sugieren que las cifras sobre la pobreza de los grupos familiares encabezados por mujeres en realidad se quedan cortas.

Una de las principales razones que explican la existencia de un mayor grado de pobreza entre estas familias se encuentra en el hecho de que las mujeres que las mantienen perciben un ingreso menor en comparación con los hombres. La mayoría de estas mujeres trabajan en actividades mal remuneradas o en centros de producción fuera del mercado. En los países en desarrollo, por ejemplo, se observa una feminización del trabajo agrícola, un sector caracterizado por su baja remuneración. Las mujeres buscan el trabajo para paliar los efectos de las crisis económicas y ambientales. Las mujeres también tienden a emplear más tiempo participando en actividades no remuneradas como cocinas comunitarias y suministrando cuidados médicos primarios para compensar la falta de servicios públicos.

Las investigaciones sobre la economía de las familias pobres demuestran que un aumento en la carga familiar, sea por un descenso en el ingreso, o por la llegada de otro hijo, tiende a modificar la manera como las mujeres y los niños—pero no los hombres—distribuyen su tiempo entre trabajo y ocio. El hecho de que las mujeres respondan a las crecientes exigencias externas sobre la

familia sacrificando más de su tiempo libre es típico en las familias pobres. Las mujeres pobres pueden quedar atrapadas en el círculo vicioso de la privación: al no estar en capacidad de realizar tanto trabajo, delegan el cuidado de los niños a sus hijas mayores, quienes entonces deben abandonar sus estudios. Como consecuencia de ello, la privación pasa de una generación de mujeres a otra, lo que conduce a la feminización de la pobreza en términos de ingresos.

En las últimas décadas el acceso de la mujer al empleo remunerado y a la igualdad social se ha incrementado drásticamente en muchos países. Entonces, ¿por qué más y más mujeres se encuentran en situación de pobreza? El progreso económico y social, incluyendo las contribuciones aportadas por los planes de asistencia al desarrollo y el movimiento internacional de la mujer, ha incrementado el bienestar de las representantes del sexo femenino y las ha preparado mejor para el mundo del empleo remunerado y la vida pública. Las mujeres han dejado sus casas y sus granjas. Unas pocas han roto barreras y escalado hasta la cima, pero la mayoría se ha topado con oportunidades limitadas.

La mayor parte de las mujeres consigue empleos mal remunerados debido a una persistente discriminación sexual en términos de empleo y salario. En Honduras, por ejemplo, los agricultores que cultivan café y tabaco prefieren contratar muchachas y mujeres como mano de obra, porque no sólo están dispuestas a aceptar menores salarios, sino que también son más confiables. Particularmente en los países pobres, la mano de obra femenina es la más buscada para posiciones poco remuneradas en los servicios, la agricultura, el comercio a pequeña escala y en los crecientes sectores informales de la manufactura y la agroindustria. El nivel de los sueldos que pagan estos empleos es más acorde con los gastos de una sola persona que los de una

familia. Además, estos empleos son por temporada o medio tiempo y prometen pocos o ningún beneficio. Esto explica las tendencias—aparentemente contradictorias—de la creciente participación económica de la mujer junto con su progresivo empobrecimiento.

COMO ROMPER EL CIRCULO VICIOSO

El círculo vicioso de la pobreza que se desencadena cuando la mujer trabaja más y gana menos, por lo que sus hijos obtienen menos alimentos y cuidado materno, se ha transformado en un hecho común y difícil de evitar. Sin embargo, estudios recientes también han dejado en claro que, si bien las familias mantenidas por una mujer pueden carecer de recursos, éstas generalmente distribuyen mejor los recursos que sus contrapartes masculinas. En Brasil se ha descubierto que cuando las madres controlan la asignación de los recursos familiares, el efecto sobre la salud de sus hijos es casi 20 veces superior al registrado cuando son los padres quienes controlan esta asignación. Resultados similares se han obtenido en Chile, Guatemala, Kenya y Malawi. La clave parece encontrarse en el hecho de que aquellas familias en las cuales las mujeres controlan los recursos, aunque sean escasos, prefieren invertirlos en el bienestar de sus hijos. En Jamaica, por ejemplo se ha demostrado que los grupos familiares con una mujer a la cabeza gastan más en alimentos y otros bienes orientados hacia la familia que los núcleos que tienen un jefe del sexo masculino.

Estas diferencias en la forma en que hombres y mujeres prefieren gastar los escasos recursos en las familias pobres sugieren que el ingreso que devengan las mujeres pobres puede generar mayores beneficios sociales o sanitarios que el devengado por los hombres. Tales disparidades representan un sólido argumento en pro de la expansión de las

oportunidades económicas de las mujeres pobres, precisamente el área donde el avance en las últimas décadas ha sido escaso o quizás nulo.

En pocas palabras, la pregunta que deben plantearse tanto las naciones por separado como la comunidad internacional en su totalidad no es por qué deben invertir más en la mujer, sino cómo hacerlo. Las naciones deben adoptar medidas que refuercen el círculo virtuoso entre el bienestar de las mujeres pobres y el de sus hijos. También deben evitar acciones que agraven los obstáculos que enfrentan en la actualidad.

Podrían comenzar evitando las consecuencias imprevistas de aquellas políticas sociales y económicas que puedan incrementar la carga laboral de la mujer, como reducir los servicios públicos que son los que amortiguan el impacto de choques económicos negativos. La adopción de tales medidas sin la puesta en marcha de políticas complementarias que “protejan” a las mujeres pobres en sus múltiples papeles como productoras y reproductoras, probablemente pondrá en marcha o intensificará el círculo de la pobreza. Por otra parte, enfoques inteligentes —como suministrarles a las mujeres acceso a fuentes confiables de ahorro y préstamo— pueden tener un efecto multiplicador que eleve tanto la productividad de las mujeres pobres en el hogar como su productividad y sus ingresos en el mercado.

Hay otras áreas específicas de política nacional e internacional en las cuales la adopción de cambios y mejoras podría generar elevados dividendos para las mujeres pobres y el mundo en desarrollo en general. Los gobiernos deberían poner en práctica las siguientes medidas:

Expandir significativamente el acceso de las mujeres pobres a servicios de planificación familiar y salud

reproductiva. Muchos programas exitosos de salud reproductiva les ofrecen a las mujeres la posibilidad de obtener atención médica para ellas mismas y algunas veces para sus hijos en una sola visita y en un solo lugar, lo que les permite ahorrar tiempo y gastos en transporte. Incrementar la capacidad de la mujer para generar ingresos también amplía sus posibilidades de acceso a servicios médicos de mayor calidad que puedan obtener a través de proveedores privados.

Adoptar una agenda de reforma educativa diseñada para reforzar la calidad y cantidad de la educación primaria, en un principio, y secundaria, posteriormente, que reciben los escolares del sexo femenino. Con el apoyo de organismos internacionales, se están emprendiendo innovadoras iniciativas para aumentar el acceso de las niñas a las escuelas en Bangladesh, Pakistán, y otros países. Como parte de dichos esfuerzos se busca otorgar becas de estudio y comprometer a familias y comunidades en la tarea de lograr que las niñas se inscriban en el sistema escolar y continúen en él. Tal como lo indicó recientemente Mieko Nishimizu, vicepresidente del Banco Mundial: “Si se educa a un niño, se educa a un ser humano. Si se educa a una niña, se educan varias generaciones”.

Crear incentivos para que el sector privado expanda el acceso de la mujer a organismos que ofrecen servicios de ahorro y préstamo. Instituciones especializadas en microfinanzas, como el reconocido Banco Grameen en Bangladesh, han logrado que más de tres millones de

prestatarias de los países en desarrollo tengan acceso a fuentes confiables de ahorro y préstamo, pero sus operaciones apenas abarcan 5% de las mujeres que requieren de sus servicios. Estos organismos también generan otros beneficios. Una mujer beneficiaria de un micropréstamo en Bangladesh, por ejemplo, comentó que las ganancias recabadas con la expansión de sus negocios, le habían permitido comprar un vehículo para que su esposo, desempleado, pudiera utilizarlo como taxi. Gracias a ello, según añadió, su esposo dejó de golpearla.

Aumentar el acceso femenino a los servicios de extensión agrícola modificando los servicios existentes o estableciendo otros independientes que están diseñados específicamente para atender las necesidades de las mujeres. En la actualidad las campesinas tienen menor acceso a estos servicios que los hombres. En la zona occidental de Kenya, aproximadamente 30% de la pérdida de productividad en las cosechas de alimentos cultivadas por mujeres puede atribuirse a la falta de tales servicios.

Adoptar políticas de crecimiento económico “en pro de los pobres” que utilicen la mano de obra en forma intensiva a fin de ampliar las oportunidades de empleo. Entre estos puntos se incluye la inversión para mejorar las destrezas de las mujeres en ocupaciones tradicionales y no tradicionales que les permitan competir en los mercados nacionales y los de exportación.

Reestructurar los sistemas de seguridad social, de manera que complementen las políticas de crecimiento en pro de

los pobres, estableciendo marcos reglamentarios para el crecimiento agrícola e industrial que beneficien a las mujeres y aprobando legislaciones que ofrezcan diversas alternativas para el cuidado de los niños.

Diseñar políticas agrícolas para los campesinos pobres y permitir que las campesinas tengan acceso a los títulos de propiedad de la tierra. Las políticas financieras deberían promover el crecimiento de las pequeñas empresas y difundir la idea de empresariado entre las mujeres.

Modificar los sistemas de recopilación de datos estadísticos que actualmente dan por sentado que todo aquello que no se contabilice no tiene valor alguno. En todas partes del mundo, gran parte del trabajo productivo de los pobres tiene lugar en el sector informal, en la producción doméstica, en el microcomercio y en la agricultura de terrenos de pequeño tamaño. La globalización, la promoción de las exportaciones y el proceso de desregulación han cambiado significativamente la naturaleza de los mercados laborales y la participación de la mujer en ellos, pero las estadísticas sobre empleo no reflejan tales cambios. Si no se cuenta la labor de las mujeres como actividad productiva y si las tendencias laborales no se desglosan por sexo, será difícil justificar la adopción de políticas públicas diseñadas para incrementar la productividad y los salarios de las mujeres.

Los países desarrollados deben esforzarse por expandir las oportunidades económicas de las mujeres pobres, si no por altruismo

entonces por razones de franco egoísmo. Hace algún tiempo, mujeres como Reina, la ex guerrillera salvadoreña, sólo emigraban para seguir a sus esposos o reunirse con ellos. Esto ya no es así. Es probable que Reina, al considerar las escasas oportunidades que le ofrece su país, tarde o temprano se una al creciente número de inmigrantes del sexo femenino que dejan atrás a sus familias e hijos para buscar un trabajo mejor remunerado en Estados Unidos u otros países industrializados. Los programas de ayuda externa invertidos de una forma competente le podrían dar a Reina la posibilidad de materializar sus sueños en su propio país.

No conocí a Reina, pero sí a Runa y Ade, y estoy convencida de que representan una de las alternativas de inversión más sabias y seguras disponibles en el mundo hoy en día.